

BALANZÓ: “NO HAY NEGOCIACIÓN POSIBLE”

El Plan Bolonia atenta contra las libertades del individuo. Ésta es una de las máximas conclusiones a las que se llegó el pasado miércoles al mediodía en el aula 2, en la distendida charla que dio el profesor de lengua española Félix Balanzó. Aunque a simple vista parezca una afirmación desmedida, no lo es en absoluto. Como ya bien sabemos, uno de los aspectos del Plan Bolonia es que sobrecarga al alumno con multitud de trabajos y exámenes insustanciales, lo que supone una “pérdida de tiempo para la reflexión y el análisis”, y por lo tanto, un impedimento a que desarrolle un pensamiento independiente: requisito básico para un auténtico ejercicio de la libertad individual.

Para ejemplificar esta idea, Balanzó se remitió al *ciudadano* de la antigua Grecia, cuya disponibilidad de tiempo –privilegio posible gracias a la esclavitud- le permitía cultivarse, y de esta forma, llegar a “su verdad”; en definitiva, tomar el control responsable de sus propias acciones, la libertad en el más amplio sentido de la palabra. Pero posteriormente apareció el cristianismo, y éste, con su creencia en una verdad única, absoluta, general e incuestionable, se apropió del poder que la filosofía anterior –que contempla la verdad como algo subjetivo– otorgaba al individuo. La Iglesia se alió con el poder militar –unión patente en la monarquía de derecho divino–, y pasó a dictaminar todos los aspectos de la vida humana, esfumándose así todo libre albedrío.

Con la ilustración volvió de nuevo a valorarse la capacidad individual de razonar, pero pronto esta situación se vería envuelta bajo un nuevo dogma: el capitalismo. Pero, a diferencia del cristianismo, su mecanismo de supervivencia no es censurar o autocensurar la crítica, sino engullirla, digerirla, alimentarse de ella, y a ser posible, engordar. Así, el profesor comparó el capitalismo con un cerdo, ya que “ambos son omnívoros, se lo comen todo”, y argumentó la metáfora con el hecho de que hasta la fecha, se ha apropiado de todos los movimientos antisistema, como el *hippie* o el *punk*, para convertirlos en meras modas –que no dejan de ser pequeños dogmas– de consumo. Y, para más inri, a este fenómeno se le ha sumado la era de “las autopistas de la información”; momento actual en el que el individuo se ve desconcertado ante el tráfico masivo de estímulos porque carece de tiempo para acceder a ellos.

Obviamente todo esto debilita la formación de un espíritu crítico real, así que, a pesar de los vestigios del racionalismo, no hay una individualización real, pues ésta se encuentra “sin dirección ni referente”. “El individuo no desaparece, se *tunea*”, bromeó Balanzó; y acto seguido elucidó: “La ideología actual es tener la ideología actual [...] El individuo se adapta constantemente a la última consigna porque no tiene tiempo para reflexionar”.

Así pues, Bolonia es un engranaje más de éste sistema que persigue la cosificación del individuo. Bolonia significa “adaptar las fábricas de licenciados a las necesidades del sistema [...] facilitar el intercambio de mercancías”. Pero no nos engañemos. Aunque nos pasemos a la moneda única, a la práctica no estaremos en igualdad de condiciones, pues toda Europa –y nuestro mismo país- sabe que implantar Bolonia en un sistema universitario funesto como el que tenemos, es sobrecargar un edificio de cimientos podridos. Entonces, volviendo al principio, si queremos ser realmente libres, tenemos que asumir nuestra parte de responsabilidad con todo lo que nos rodea –pues estamos condicionados, pero no determinados; en última instancia queda la voluntad de poder–, esto es,

luchar contra aquello que pretende apoderarse de nuestra autodeterminación, de nuestra dignidad; luchar por la libertad reflexiva; luchar contra Bolonia sin discusión, sin negociación.